

Menéndez y Pelayo y Centroamérica

En el Centenario de su nacimiento: 3 Nov. 1856-1956

Alfonso María Landarech, S. J.

Ya cercano el Centenario del nacimiento del Maestro, nos ha parecido que nada podría interesar tanto a los lectores de ECA como el juicio que el gran polígrafo y crítico español se formara de nuestras nacientes literaturas.

Casi resulta superfluo presentar a Menéndez y Pelayo, la figura cumbre de la literatura española en los tiempos modernos. Daremos sólo un somero guión de su vida y de su obra.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo nació en Santander el 3 de noviembre de 1856. Murió en la misma el 19 de mayo de 1912, legando a la ciudad su valiosa biblioteca, compuesta de 40.000 volúmenes.

Hombre de arraigada fe, acendrado amor a su patria, inteligencia prodigio e inagotable laboriosidad, fue produciendo casi desde niño una serie de obras literarias, cada una de las cuales constituyen un monumento. Su lenguaje es de pura cepa castellana.

Desde sus primeros años fue un verdadero niño prodigio. Ganó en concurso el primer premio en todas las materias, excepto en matemáticas, a que no se presentó por ser su padre el catedrático. A los 19 años era ya doctor en Derecho y Filosofía y dominaba casi todas las lenguas antiguas y modernas.

Viajó por todo Europa, y, vuelto a España, se presentó a oposiciones a la Cátedra de Literatura de la Universidad de Madrid, ganándolas, cuando sólo contaba 22 años.

Desde entonces se dedicó todo entero a sus labores literarias, habiendo sido elegido miembro de la Academia de la Lengua, bibliotecario perpetuo de la misma, director de la Biblioteca Nacional y de la Academia de la Historia.

La obra de Menéndez y Pelayo se refiere principalmente a trabajos de historia literaria y filosófica, de crítica, de erudición, poesías, etc.

No vamos a enumerar todas sus obras. Las más conocidas de todos son: Antología de poetas líricos castellanos; Historia de la poesía castellana e Historia de la poesía Hispanoamericana; Tratado de los romances viejos; Obras completas de Lope de Vega, Calderón y su teatro; Horacio en España, en que estudia magistralmente la influencia del poeta latino en la literatura española y traduce la mayoría de sus odas; Estudios de crítica literaria...

Pero quizá la obra más importante de Menéndez y Pelayo sea la Historia de las ideas estéticas en España y, sobre todo, la Historia de los heterodoxos españoles.

En todas sus obras su erudición es pasmosa. Se le ha llamado la biblioteca ambulante. Como crítico no tiene igual en ninguna literatura. Su estilo es correctísimo y elegante, limpio, terso, castizo.

De los dos tomos que comprende su **Historia de la Poesía Hispanoamericana**, dedica a la América Central, es decir a Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, 38 páginas.

La historia literaria de estos países, nos dice Menéndez y Pelayo, ha sido mucho menos estudiada que su historia política. Por eso se propone estudiarla él y lo hace con mano maestra, como dondequiera que pone su talento de crítico y su bien cortada pluma.

Comienza con Guatemala, la más exuberante de todas, y coloca en el vestíbulo de la cultura literaria guatemalteca al conquistar D. Pedro de Alvarado, al defensor de los indios Fray Bartolomé de las Casas, al saleroso cronista Bernal Díaz del Castillo, a Fray Pedro de Betanzos y al Obispo D. Francisco Marroquín; todos ellos con obras doctrinales e históricas.

Luego pasa a los orígenes de la poesía y la literatura amena.

El más antiguo poeta cuyo nombre hallamos es D. Pedro de Liébana, que escribió algunos sonetos siendo Deán de la Catedral.

Luego sigue Juan de Betanzos, un andaluz que residió en Guatemala y de quien nos habla Miguel Cervantes en el "Canto de Calíope" y en el "Viaje del Parnaso".

Hace notar Menéndez y Pelayo que de los 131 escritores centroamericanos, en su mayor parte guatemaltecos, y muchos de ellos franciscanos, sólo hay unos 15 poetas, "escaso número para tres siglos; mucho más si se considera que la mayor parte, no son más que versificadores de circunstancias". (1)

Hay que hacer notar, además, que les tocó vivir a la mayoría en los siglos XVII y XVIII, tiempos de gusto extravagante.

La obra más extensa que se publicó en Guatemala es la **Thomasiada**, en honor del Príncipe de las Escuelas, y se debe a la pluma del dominico vasco Fray Diego Sáenz Ovecuri. Va dedicada al Capitán D. Pedro Sadavalles, alcalde mayor de San Salvador y sus provincias, Teniente de Capitán General, etc.

(1) Menéndez y Pelayo. *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid 1911, pág. 178.

Es una especie de preceptiva poética, un Rengifo en acción, en frase de Menéndez y Pelayo, donde se apuran todas las combinaciones métricas de habla castellana. ¡150!

"La *Thomaslada* es un monumento de mal gusto, pero de increíble paciencia y de mucha erudición."

Menéndez y Pelayo, comentándola, dice en tono humorístico:

"Acaso en estos días de extravagancia modernista, tendría éxito en nuestros cenáculos literarios y en los de América la exhumación de este poema, donde hay **sonetos de ocho pies, romances mudos compuestos de figuras solas que hablan, laberintos esféricos, poniendo la letra por centro de donde salgan los versos como líneas, y de sus catorce letras ahorrarás las trece, si eres avariento**, y otros mil diabólicos primores. Y nada de esto procede de París: todo se lo sacó de su cabeza el buen Padre allá en Guatemala, sin más ayuda que la de su Rengifo. (1)

Pero, estrictamente hablando, la poesía en Guatemala no comienza sino con el jesuita P. Landívar y el dominico Fray Matías de Córdoba.

Aquí se extiende en elogios del Virgilio centroamericano, autor de la *Rusticatio mexicana*, "uno de los más excelentes poetas que en la latinidad moderna pueden encontrarse".

El que haya leído este poema didascálico, comparable con las *Geórgicas*, podrá darse cuenta de lo acertadas que son las apreciaciones del máximo de los críticos españoles al hablar de Landívar.

Sólo faltó haber escrito en lengua vulgar, para arrebatar la palma en este género a todos los poetas americanos sin excluir acaso al cantor de "La agricultura en la zona tórrida". Claro está que se alude al poema de Andrés Bello.

Menéndez Pelayo se detiene a alabar la versificación, su fantasía descriptiva, su variedad de formas y recursos poéticos, su amenidad, su sabor local americano.

"La musa del P. Landívar es la de las *Geórgicas*, rejuvenecida y transportada a la naturaleza tropical. Pero aunque Virgilio sea su modelo, y una gran parte del libro merezca el nombre de *Geórgicas americanas*, no se ha de creer que la *Rusticatio* sea un poema de materia puramente agrícola, como los cuatro divinos libros de Virgilio. La *Rusticatio*, que está dividida en quince libros con un apéndice, abarca mucho más, y es una total pintura de la naturaleza y de la vida del campo en la América Central: vasto y riquísimo conjunto de rarezas físicas y de costumbres insólitas en Europa. La novedad de la materia, por una parte, contrastando con lo clásico de la forma y obligando al autor a mil ingeniosos rodeos y artificios de dicción para declarar cosas tan extraordinarias, y por otra el sincero y ferviente amor con que el poeta vuelve los ojos a la patria ausente y se consuela con reproducir minuciosamente todos los detalles de aquella Arcadia para él perdida, empuñan poderosamente la atención de quien comienza a leer la *Rusticatio*, desde la sentida dedicatoria a la ciudad de Guatemala. Y luego, creciendo el interés y la originalidad de canto

(1) Menéndez y Pelayo, O. c. pág. 182.

en canto, van apareciendo a nuestros ojos, como en vistoso y mágico panorama, los lagos de México, el volcán de Xorullo, las cataratas de Guatemala; los alegres campos de Oaxaca; la labor y beneficio de la grana, de la púrpura y del añil; las costumbres y habitaciones de los castores; las minas de oro y de plata, y los procedimientos de metalurgia; el cultivo de la caña de azúcar, la cría de los ganados y el aprovechamiento de las lanas; los ejercicios ecuestres, gimnásticos y venatorios; las fuentes termales y salutíferas; las aves y las fieras; los juegos populares y las corridas de toros. (1)

Después considera a un contemporáneo de Landívar, el dominico Fray Matías de Córdoba, graduado en la Universidad de San Carlos y maestro de Teología en su provincia de San Vicente.

Se conserva de él una fábula moral titulada "La tentativa del león y el éxito de su empresa". De ella se expresa así Menéndez y Pelayo:

"No diremos que este largo apólogo, que consta de 416 versos, se halla totalmente libre de resabios prosáicos, común escollo de este género y de la literatura de aquel tiempo, pero está en general bien escrito y versificado, es hábil el enlace de las diversas partes de la narración, feliz e inesperada la conclusión moral, hay candorosa gracia en algunos rasgos, y la elegante sencillez del estilo pasa tan sin esfuerzo de lo grave de los razonamientos a lo vivo y lozano de las descripciones, que el conjunto deja muy agradable impresión e indica en su autor dotes poéticas muy superiores a su argumento. Cierta severidad y elevación clásica que reina en el poema, cierta lentitud épica en el relato, contrasta con la manera habitual de los fabulistas, no menos que la moral de generosidad y perdón que el P. Córdoba inculca, el triunfo celestial de la clemencia, contrasta con la maligna, picaresca y utilitaria filosofía que generalmente se desprende de los apólogos de Lanfontaine y Samaniego". (2)

Al Dr. Rafael García Goyena juzga Menéndez y Pelayo más oportuno pasarlo por alto por la sencilla razón de que nació en Guayaquil el 1766, aunque generalmente se le considera como guatemalteco por haber vivido allí desde los 12 años y ser graduado de la Universidad de San Carlos.

La época de la independencia la abre con el salvadoreño D. Miguel Alvarez Castro y el nicaragüense D. Francisco Suncín, a quienes considera simples medianías.

A continuación se hace notar que por el mismo tiempo escribían versos en Guatemala la poetisa española Dña. María Josefa G. Granados, natural del Puerto de Santa María (1791-1848) y el abogado D. Francisco Rivera Maestre, que se trasladó luego a Madrid, adquirió nacionalidad española y llegó a ocupar altos puestos en la magistratura.

Y llegamos a una de las cumbres centroamericanas, al humorista Pepe Batres Montúfar, que Menéndez y Pelayo considera con razón como la verdadera gloria de Guatemala.

(1) Menéndez y Pelayo, O. c. pág. 180. Véase también nuestro artículo La Rusticatio de Landívar y las Geórgicas de Virgilio, ECA, 1949, p. 943 ss.

(2) Menéndez y Pelayo, O. c. págs. 189, 190.

Examinando sus poesías líricas observa que nada tienen de particular, exceptuando si es caso su famoso madrigal "**Yo pienso en tí**"; pero se detiene largamente a analizar y ponderar sus famosos tres cuentos en verso: "**Las falsas apariencias**", "**Don Pablo**" y "**El reloj**".

Después se complace en indagar lo que bien pudiera llamarse su fuente de inspiración, que, según él, está ante todo en Casti, en el D. Juan de Byron, en La Desvergüenza, de Bretón y en el Diablo Mundo, de Espronceda.

Todavía se atreve a insinuar otro modelo, es a saber, Las leyendas españolas, de D. Joaquín de Mora, "mucho más conocidas en América que en España, y en honra sea dicho de los americanos".

"Pero esta investigación de sus orígenes nada perjudica a la originalidad de la poesía de Batres, que tiene su tono peculiar y sustantivo valor, dependiente en gran parte de condiciones técnicas, cuyo valor se acrecienta en género tan inferior como el cultivado por él. La mayor parte de los cuentos del estilo y asunto de los de Batres, no suelen tener más poesía que lo cómico de situación, que no es difícil de lograr, y que muchas veces brilla más en la anécdota hablada que en la escrita. Pero las **Tradiciones de Guatemala** valen lo que valen por presentar reunidas otras muy diversas fuentes de la risa, la cual, ya nace de lo cómico de carácter, ya de los accesorios descriptivos y pintorescos, ya del contraste entre la entonación épica y la llaneza prosaica, ya de la filosofía risueña y socarrona, ya de la afectada y maliciosa ingenuidad, ya de la suspensión oportuna, ya de la alusión picaresca, ya de la selección de consonantes raros. La literatura americana, no muy rica todavía en relatos poéticos, tiene en los cuentos de Batres el más acabado modelo de la narración jocoseria, que sólo a larga distancia pudo imitar el chileno Sanfuentes en su poema "**El campanario**." (1)

Y presenta a continuación a otro notable guatemalteco, Antonio José de Irisarri.

A Irisarri lo encuentra Menéndez y Pelayo poco poeta en el sentido estricto de la palabra, pero lo considera excelente satírico, puesto casi siempre al servicio de las mejores causas y al lado de la justicia.

Nacido en Guatemala, donde hizo los estudios superiores en la Universidad de San Carlos, después de viajar por toda Europa y América, vino a morir en Brooklyn el 10 de junio de 1868.

Es considerado como atildado prosista y discreto poeta.

Además de sus "Cuestiones filológicas" Nueva York, (1861) y de sus "Poesías satíricas y burlescas" (Nueva York, 1867) publicó gran número de folletos políticos y fundó innumerables periódicos.

"Irisarri tenía talento clarísimo, y era además consumado hombre de mundo: Sus **Poesías satíricas y burlescas** rebosan de ideas y de chistes; el el nervio y la audacia del prosista no se desmienten en el versificador, pero no siente ni fantasea ni compone poéticamente. En sus fábulas, que más bien debieran llamarse sátiras, es visible la falta de imaginación pintoresca". (2)

(1) Menéndez y Pelayo. O. c. págs. 200, 201.

(2) Menéndez y Pelayo. O. c. pág. 203. Véase nuestro artículo **Humorismo e ironía de José Batres Montúfar**, ECA, 1966, p. 524 ss.

Después presenta a los dos hermanos, Juan y Manuel Diéguez. El primero nacido en Guatemala el 23 de noviembre de 1813, doctor también por San Carlos, murió el 28 de junio de 1865.

Para Menéndez y Pelayo, Juan Diéguez es un poeta de transición. Sus primeras composiciones son de corte clásico, después fué aficionado a Víctor Hugo y a los románticos españoles, "mostrándose fácil y abundoso en las descripciones y melancólico en el sentimiento".

Tres son sus composiciones capaces de dar fama a cualquiera: **La garza**, **Los Cuchumatanes** y sus **Tardes de abril**.

"Sus cantos de **La garza**, aunque no limpios de defectos métricos, tienen estrofas muy lindas, y recuerdan algo la suave y lánguida manera de Enrique Gil. Las **Tardes de abril** es una de las mejores composiciones de Juan Diéguez, tanto por el lujo de la parte descriptiva como por el vértigo naturalista de la conclusión. Su hermano tradujo **La lámpara**, de Chénier, pero en sus pobres versos originales para nada se conoce la influencia de tan clásico modelo". (1)

Un recuerdo merece, si no como poeta original, al menos como intérprete bastante hábil de concepciones ajenas D. Ignacio Gómez que tradujo **La despedida**, de Metastasio, **La elegía**, de Gray, **en el cementerio de una aldea**, la canción de **Medora**, de **El Corsario**, y algunos otros versos de Byron.

Por tratarse de un salvadoreño poco conocido, digamos algo de este personaje. Fué D. Ignacio Gómez juriconsulto, estadista, diplomático, prosista correcto y elegante. Nació en Metapán (El Salvador), el 31 de julio de 1813, y murió en Guatemala el 5 de junio de 1879.

Aún nos habla de otro traductor de poesías, Eduardo Hall, comerciante de origen inglés, pero nacido en Guatemala y domiciliado en Honduras (1832-1885), cuyo tomo titulado **Brisas tropicales** contiene también apreciables traducciones de Byron, de Tomás Moore, de Gray, y de otros poetas ingleses.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo, aunque sólo trata en esta obra de los poetas centroamericanos, no quiere pasar por alto a D. José Milla y Vidaurre, conocido por el seudónimo de **Salomé Gil**, "uno de los escritores, a juicio de Menéndez y Pelayo, más fecundos y notables de las Repúblicas del Centro; pero tiene y merece más estimación como historiador, novelista y autor de cuadros de costumbres que como poeta".

Este insigne escritor nació en Guatemala el 19 de marzo de 1822. Corrégia las últimas pruebas de su segundo tomo de la **Historia de la América Central**, cuando le sorprendió la muerte, a las 11 de la noche del 30 de septiembre de 1882, dejándonos sólo la parte relativa a Guatemala, que a nuestro juicio es la mejor historia de esta nación.

Además de esta famosa **Historia de Guatemala** y de sus conocidos "Cuadros de costumbres", escribió varias novelas: **La hija del Adelantado**, **Los Nazarenos**, **El Visitador**, **Las Memorias de un abogado**, **El viaje al otro mundo, pasando por otras partes**, y algunas más.

(1) Menéndez y Pelayo. O. c. págs. 204, 205.

Y llegamos a Honduras, donde muy bien se advierte que por falta de imprenta, que la llevó el P. Trinidad Reyes, no había podido manifestarse la literatura colonial.

Con todo detalle y verdadero entusiasmo nos habla de este insigne varón. Después de fijar su vida en una nota, se complace en alabar sus villancicos y pastorelas, "género lírico-dramático que tiene verdadera originalidad en la literatura americana y muy rancio abolengo en la peninsular".

Establece su descendencia de los viejos **Autos de Navidad**, pasando por Juan del Enzina, hasta llegar a **Los pastores de Belén**, de Lope de Vega, a quienes cree tener en cuenta nuestro creador de las pastorelas tal como ahora se conocen en Centroamérica, y se expresa así:

"Contienen las **Pastorelas** una parte grave y religiosa, en que hay felices recuerdos de los libros sagrados y buena doctrina teológica. Pero abundan también los elementos profanos a que desde antiguo convidaba el infantil regocijo de la noche de Navidad. Dentro del forzoso tema de la adoración y de las ofrendas de los pastores, sabe el P. Reyes diversificar sus figuras, y darles viveza de expresión".

Y más abajo:

"Aun prescindiendo de este valor circunstancial, —se refiere a las alusiones políticas que se encuentran en ellas— las **Pastorelas** son de agradable lectura. La lengua es sana, el estilo fácil aunque sin nervio, y la versificación constantemente flúida. ⁽¹⁾

De los poetas hondureños posteriores al P. Reyes y fallecidos antes del 1892 sólo menciona brevemente al médico D. Manuel Molina Vigil, que se suicidó a los 27 años, en 1883.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo se dió cuenta de la aparición de un nuevo astro de primera magnitud en el cielo de Centroamérica.

Pongamos para terminar las últimas palabras del gran crítico que son un gran elogio de Rubén Darío y un resumen admirable de la literatura de este periodo que tuvo a bien historiar.

"Una nueva generación literaria ha aparecido en la América Central, y uno por lo menos de sus poetas ha mostrado serlo de verdad".

En una nota a la segunda edición, a que nos hemos referido siempre, se advierte: "Claro es que se alude al nicaragüense D. Rubén Darío, cuya estrella poética comenzaba a levantarse en el horizonte cuando se hizo la primera edición de esta obra en 1892. De su copiosa producción, de sus innovaciones métricas y del influjo que hoy ejerce en la juventud intelectual de todos los países de lengua castellana, mucho tendrá que escribir el futuro historiador de nuestra lírica".

"Es cierto que la producción comienza a ser excesiva, y que la cizaña ahoga, como en todas partes de América, el trigo. Los versos son allí una especie de epidemia. No sólo hay Parnaso Guatemalteco, sino Parnaso Costarricense y Nicaragüense, y una **Guirnalda Salvadoreña** que consta de tres volúmenes: muchos poetas son para tan pequeña república. Pero esta abundancia desordenada ya se irá encauzando con el buen gusto y disciplina, y por de pronto es indicio de la fertilidad de los ingenios americanos". ⁽¹⁾

(1) Menéndez y Pelayo, O. c. págs. 211, 212. Véase nuestro artículo *El Padre Reyes y sus pastorelas*, ECA, n. 98, pág. 834 y siguientes.